



Seix Barral

Ernesto Carrión

Triángulo Fúser

La despechada, poética y fantasmagórica vida
de Ernesto antes del Che





Seix Barral Biblioteca Breve

Ernesto Carrión

Triángulo Fúser

La despechada, poética y fantasmagórica
vida de Ernesto antes del Che

PLIEGO UNO, PABLO

Abandonamos la ciudad hace días. Mariano insistió en que tomáramos la carretera hasta La Libertad para encontrar a quien pudiera darnos una pista sobre el paradero de Marilyn. Pero nadie lo había visto desde hace años. Su madre ni siquiera estaba enterada de que se había operado. O de que su hijo, que aquí era conocido como *Gina*, y antes de eso como *Arturo*, estaba desaparecido.

Mariano había estado atento al celular que le entregó la Neoyorquina cuando fuimos a buscar a Marilyn para realizar esa última entrevista que necesitaba para acabar mi proyecto. Un teléfono que no había sonado ni una sola vez y que no servía de mucho porque estaba bloqueado con una clave de acceso. Un objeto que nos fue entregado como quien ofrece la llave de una puerta que no existe.

El hostel en el que nos hospedamos, ubicado a la entrada de Salinas, exhibía unas letras enormes y azules pintadas sobre un largo muro de cemento donde podía leerse, incluso a la distancia, El Descanso del Guerrero. Lo que me llevó a pensar en indios musculosos moviéndose detrás de las paredes, entre la naturaleza muerta de un papel tapiz amarillento, forrando cada uno de esos cuartos con olor a sudor y abundante cloro.

Dos meses antes jamás habría emprendido un viaje a mitad de la semana. Menos, estando a un solo semestre de graduarme. Sin embargo la necesidad de culminar mi proyecto, de presentar una mejor tarea que incluso ponga a todos a discutir alrededor de un escándalo, me impulsó a aceptar su oferta.

Ahora pienso en cómo continuar. Y en qué desenlace espera Mariano encontrar en este lugar donde nadie parece saber de lo que estamos hablando. Quizás imaginó que Marilyn estaría donde

su madre, lo que no sucedió. Quizás sólo pretende quemar el tiempo en una aventura policiaca que le permita diluir la pérdida de Valeska bajo el sonido caprichoso de las olas, alejándose por unos días de Guayaquil. Una trágica distracción. O tal vez aún está ordenando algún material, alguna información con la que arreglar su proyecto, después de esa avalancha de cosas sobre su trabajo que le solté por el camino.

Sé que mi interés por su proyecto de cine, al igual que su apego por el mío, terminó atrapándonos en un círculo obsesivo capaz de alborotar nuestras costumbres. Por algo nos habíamos juntado de la noche a la mañana. Sin embargo, no es cierto que yo haya sido un tipo con una fijación intelectual por Mariano.

Aunque quizás fue así como todo empezó.

Conocí a Mariano Torres hace dos meses. Él era un chico más dentro de esa masa de estudiantes de la carrera de Comunicación Social en la Facultad de Filosofía y Letras, donde yo curso la carrera de Psicología. Claro que lo había visto antes de conocernos formalmente; sabía cómo se movía, qué tipo de ropa usaba, y cuáles eran sus gestos cuando deambulaba por los pasillos y espacios de la facultad. Siempre en compañía de mujeres. Fumando compulsivamente. Andando por ahí con la seguridad de quien carga la cabeza llena de conclusiones prematuramente adquiridas. Se la pasaba leyendo libros de poesía y filosofía mientras sorbía con solemnidad su café. Usando esa boina de intelectual marxista tan pasada de moda.

No sé si sentimos temor, más que entusiasmo, cuando miramos a otra persona con ciertas características que quisiéramos ver en nosotros mismos. No sé si ese temor que experimentaba, cuando pasaba junto a él, tenía que ver con la idea de sentirme opacado ante la presencia de un tipo al que observaba con una distinción que quería hacer mía. Tampoco sé si quería ser del todo él, o si lo que deseaba era que Mariano fuera mi compañero de complots existencialistas. Lo cierto es me atraía su revestimiento,

su modo de andar por la universidad sin fijarse verdaderamente en nada. Se movía de manera ostensible de un lado al otro. ¿No estábamos todos allí llenos de dudas? ¿No sentía acaso él lo difícil que era asegurarse un futuro en un oficio que conducía una y otra vez al lenguaje? ¿A una alhambra de aire?

No quiero atribuirles algo a las coincidencias. No creo en ellas. Sin embargo, intuyo que con Mariano nos unió la ausencia de una figura paterna en nuestros hogares. Además, no puedo negar que me hubiera gustado mucho haberle hablado antes. Antes de los eventos que nos embarcaron en este viaje infructuoso. Pero aquello no ocurrió sino hasta una tarde de junio en que discutimos en la clase de Cine.

Recuerdo cómo llamó mi atención cuando habló sobre *Un perro andaluz*, de Luis Buñuel, y sobre *El séptimo sello*, de Bergman. Planos oníricos. Raspaduras audiovisuales. Líneas fantasmales de personajes contruidos en un montón de libros. Intelectualismo rebuscado y lleno de frases reforzadas por sus incógnitas. Lo que abría una cantidad sorprendente de agujeros de gusano en su discurso.

Y aunque no compartí su visión, respeté su táctica.

Queriendo estar a la par de sus comentarios, que avanzaron en espiral sobre el surrealismo y su aporte en esas imágenes violentas y oníricas (o sobre cómo se jugaba al ajedrez con la muerte), hablé sobre Freud y el sueño como un mecanismo invisible que repara y desinhibe el inconsciente humano. También divagué sobre Jung, con quien siempre se puede divagar lo suficiente hasta convertirlo en un complejo intérprete de árboles mentales. Y concluí diciendo que si en algo aportaba el surrealismo a la vida de los seres humanos era en desnudar el inconsciente y volcarlo sobre la pantalla. O sobre lienzos tan fantásticos como los de Dalí.

Sonreí con alguna confianza. Jamás había reunido en una misma píldora reflexiva a Freud, Jung y Dalí.

Luego cité a Dalí a la perfección: «La belleza será comestible o no será».

Mariano me miró con extrañeza; cruzó las piernas y empezó a hablar de la teoría del existencialismo y de los autores Jean-Paul Sartre y Camus; sobre cómo sus libros *La náusea* y *El extranjero*, donde sus personajes eran unos auténticos parias, tenían que estar de algún modo vinculados con la construcción de personajes como el terrible Alex, del libro que después se convirtió en la película *La naranja mecánica*. Habló por varios minutos sobre aquella terapia violenta contra un sujeto carente de moral. Una moral declarada por una sociedad que no desea aceptar su ambivalencia: el bien y el mal amparados bajo el mismo paraguas hasta el fin de los tiempos. En definitiva, una sociedad engañándose.

—Nadie quiere mirar de verdad el mundo —dijo Mariano—. Aunque todos quieren vivir el sueño del mundo.

Animado por el modo en que empezaba a estirarse nuestra discusión frente a la clase entera, acoté de inmediato que si el existencialismo tenía un padre, ese padre era el danés Sören Kierkegaard. Y que más allá de los personajes que pudiera reproducir para el cine o la literatura, el existencialismo se basaba en la necesidad de alcanzar una vida completa, que solamente era tal, si permanecía anclada y justificada a todos los actos individuales. Lo que daba como resultado una vida articulada por el sentido de la desesperación. Así como el retrato exagerado de un sujeto infeliz y encadenado a una lluvia de exigencias sociales.

Luego cité a Kierkegaard a la perfección: «Está el desesperado inconsciente de tener un *yo* (lo que no es la verdadera desesperación); el desesperado que no quiere ser él mismo, y aquel que quiere serlo». Y casi sin darme cuenta pensé en mí mismo, en lo que me ocurría cuando abría los ojos y miraba por la ventana de mi habitación la lona blanca del cielo como una tumba. Adornada por el ruido de las voces de una realidad que sentía como extranjera.

Cuando la clase finalizó, disimulando sus movimientos, Mariano llegó hasta mi puesto y me preguntó por la carrera que estudiaba. Tras responderle, una mueca asomó en su rostro. Instintivamente se ajustó la boina. E incapaz de despegarme la

mirada, me invitó rápidamente a un bar frecuentado por estudiantes que quedaba detrás de la universidad.

Y hasta allá avanzamos.

El bar quedaba en la ciudadela La Ferroviaria, al lado de una tienda. Ambos negocios, la tienda y el bar, eran de un cojo al que apodaban, precisamente, *el Cojo*. Sin embargo, el bar era apenas un hueco angosto, sin baño ni puerta, de tres metros por dos, con una cortina metálica en la entrada que le brindaba el aspecto de una bodega. Toda la iluminación la daban dos focos amarillos ubicados en cada una de las paredes. Apenas tenía baldosas, cuatro mesas de madera y sillas de plástico rojo. Las cervezas viajaban de la tienda al bar una vez que eran solicitadas al Cojo, quien se quedaba desde la tarde administrando aquel sitio lleno de estudiantes, a los que no les importaba estar de pie, o amontonados como ramas chuecas, con tal de beber y emborracharse hasta la medianoche.

Al principio no fluyó demasiado la conversación. Mariano mencionó los nombres de algunos profesores que quizás compartíamos en otras materias generales de la facultad. Luego hizo un par de comentarios sobre el estado deplorable de las aulas o la falta de aire acondicionado en la mayoría de ellas. Y al finalizar su primer cigarrillo Lucky, mientras cruzaba la pierna izquierda sobre la rodilla derecha, habló de lo viciado del ambiente político de la universidad. Llevaba tantos años en el poder la misma lista que su nivel de corrupción se desbordaba delante de todos. Reclutaban novatos y los llevaban a beber en la misma tienda donde estábamos. O a San Pedro, un barrio formado mágicamente por un expueblo de pescadores que se negaron a perder su santo patrón, por lo que secuestraron la estatuilla y la trajeron hasta Guayaquil, donde volvieron a asentarse. Pangas en mal estado y tierra todavía podían observarse afuera de algunas villas. A diario los estudiantes universitarios convertían esa área en un embotellamiento peligroso donde, eufóricos, se abandonaban al alcohol.

Una ligera brisa penetró en el sitio sin mayor fuerza, sin eliminar el sudor de nuestras ropas.

Luego hizo un breve recuento de sus libros favoritos. Una increíble mezcla donde, sin pena, cohabitaban Buda con Cioran, Rilke con Lezama Lima, Arenas con Apollinaire, Borges con Jim Morrison; y en lo político: el Subcomandante Marcos con Adolf Hitler. Había leído mucho. Pero sus lecturas se habían desarrollado con un desorden lamentable. Aunque tal vez eso era la libertad. No lo sé.

Reparé en el hecho de que no usaba reloj. Algo que me pareció un detalle natural que lo devolvía a ser un tipo distinto, incluso con reflexiones deslumbrantes. La verdad es que yo detestaba que la mayoría de la gente, aunque realmente no lo necesitara, usara un reloj como símbolo de estatus. Como blasón de una alcurnia compulsiva. Un reloj en una época en que todos miran la hora en sus celulares no tiene ningún sentido. Quizás ese detalle me motivó a seguir escuchando sus ideas sobre la cultura y la necesidad de un rescate de la historia a través del arte.

Fue entonces cuando Mariano Torres se animó a contarme sobre su proyecto final para la clase de Cine.

Dentro de dicha asignatura, que solo era otra de las materias optativas que estábamos obligados a cursar, debíamos escoger entre realizar un guion de veinte páginas como mínimo, lo cual pretendía potenciar las habilidades de los alumnos de Comunicación Social y Literatura; o hacer un breve documental, de no más de cuarenta minutos, con entrevistas que fundamentaran el punto de vista del alumno.

Muchos nos lanzamos tras la idea de realizar los documentales. Aunque había un solo tema para esta elección: los desplazados. Con todo lo que aquello podía englobar. Algo que provocó que la mayoría de mis compañeros imaginaran como sus objetos de estudio a mendigos, habitantes de zonas marginales, pacientes psiquiátricos, enfermos terminales, reclusos y hasta artistas fracasados.

Sin embargo, mi idea, la que alumbré esa mañana, me pareció definitivamente mejor. Muy poco se sabía sobre el tema de la homosexualidad. No había información detallada sobre su origen. Si era causada por un factor interno o externo. Incluso la homosexualidad había sido considerada ilegal y un desorden mental por décadas. Aún en ciertos países, como la India, era un tema tabú. Pensé entonces que mi futuro documental podría identificar y clasificar algunas circunstancias de un grupo humano que había padecido numerosas discriminaciones en la sociedad. No con la idea de focalizar un problema, sino más bien con el propósito de generar un estudio lleno de información verificable.

La verdad es que la homosexualidad era un tema que me había interesado por años. Mi abuela había sido la dueña de una joyería ubicada frente a una peluquería en el centro de la ciudad. Y allí un travesti, apodado *Chelito*, ejercía el oficio de estilista en la década de los noventa.

Había visto a Chelito muchísimas veces a través de los escaparates y desde la entrada del negocio de mi abuela. Ese hombre-mujer robusto, de cabello pintado y pestañas postizas, al principio, cuando yo era pequeño, me generaba un poco de temor. Aunque ese temor luego se convirtió en una observación obsesiva.

Miraba a Chelito bajando de motos de modelos diferentes, asediado por muchos amantes, convirtiendo esa calle de comercios monótonos en algo festivo y lleno de colores. Me preguntaba cómo sería su vida. Siempre lucía tan alegre y despreocupado. Parecía incluso que se pasaba saltando de una fiesta a otra. O de novio en novio. También me preguntaba cuántos órganos genitales tenía. Si era hombre y mujer al mismo tiempo. Si era posible aquello en un mundo como este. Preguntas que entendí que no podía hacérselas a nadie, porque nadie parecía querer hablar de aquello.

Tampoco entendía por qué mi madre se horrorizaba y mi abuela, no. Mi abuela siempre saludaba a Chelito con una sonrisa franca. Mi madre, en cambio, torcía la boca y me introducía con

los ojos cubiertos por sus manos hasta el fondo de la joyería para que no pudiera ver a Chelito bajándose de una moto y estampándole un beso al novio de turno.

Chelito desapareció con la llegada de mi pubertad. Un día cerró su peluquería y nunca más se lo vio por el centro. Ni siquiera paseando abrazado a la espalda de algún motociclista salvaje.

Algunos vecinos, dueños de otros negocios, después de su desaparición, que fue cuando empezaron a hablar libremente, dijeron que Chelito se había marchado a Italia para operarse y que allá encontró el amor. Otros dijeron que había desaparecido al igual que muchos travestis por esos años, trabajando en la calle Primero de Mayo. Y que su cuerpo terminó sumándose al número de muertos que, de vez en cuando, aparecían en la oscura y alejada vía Perimetral.

En Italia o apiolado en la vía Perimetral, lo cierto es que nadie más volvió a ver ese pelo pintado y esas nalgas enormes. Dos años después, mi abuela mudó su negocio a un centro comercial y dejó sin final esta historia.

No escuché con claridad lo primero que contó Mariano sobre su proyecto, sino hasta que sacó de su mochila un libro delgado titulado *43 días inolvidables en Guayaquil*, con la foto del Che Guevara en la portada.

—Este es el guion que pienso escribir, ¿te imaginas? —dijo con entusiasmo—. La recreación de los cuarenta y tres días del guerrillero más famoso de la historia en nuestra ciudad.

Desanimándolo, empujado por mi vanidad, le dije que era un proyecto difícil, pues poco se sabía sobre el tiempo real que estuvo el Che Guevara en Guayaquil. Si fueron dos o tres meses, o esos cuarenta y tres días que aquel libro alegaba. Aparte, muchos de los que dijeron haberlo conocido debían de estar muertos. Habían pasado casi sesenta años. Tampoco entendía qué importancia podía tener Guayaquil en la vida de aquel personaje.

¿A cambio de qué él le abriría la puerta a esa historia?

En la ciudad todos contábamos con algunos datos de conocimiento general: como que había vivido en la casa de un médico en el barrio Las Peñas donde le presentaron a políticos y escritores de izquierda. Y que había pasado por aquí en uno de sus viajes por Latinoamérica.

Fin.

Mariano guardó el libro otra vez en su mochila. Apretó las hebillas metálicas. Y sin bajarme la mirada, habló sobre lo mucho que le había costado conseguirlo; de cómo había reunido, a través de los años, movilizado por una fascinación auténtica, una cantidad considerable de material bibliográfico que lo ayudaría a desarrollar su guion. Lucía obsesionado con la historia de aquel guerrillero. Lo que de algún modo me parecía que conectaba con la historia de su padre desaparecido. Contaba con libros y documentales antiguos, y otros que habían ido saliendo recientemente. Noté en su mano derecha un tic nervioso, tic que disimulaba fumando: se pasaba el dedo pulgar por la concha de la mano derecha, desde el dedo meñique hasta el índice y, luego, repetía aquel movimiento. Era como una frotación fugaz, fantasmagórica.

Siguió hablando por más de una hora.

Entendí entonces que Mariano veía el guion concluido para la materia de Cine.

Veía su guion ampliado y ganando un premio para su realización.

Veía una película, y, tal vez, esa película proyectándose en festivales de cine.

Veía, incluso, otro premio.

Cuando concluyó su monólogo, las cervezas habían borrado momentáneamente cualquiera de mis dudas. Fue así como acepté ayudarlo. Bajo el engaño de que su proyecto, igual que el mío, eran impulsados por una increíble causa superior.

Ahora leo en la libreta de Mariano, mientras él reposa con la mandíbula apoyada en su antebrazo, una frase tan disparatada como

este viaje: *Las mariposas blancas por la mañana tienen las camisetas al revés*. Y más abajo concluye: *Todas las mariposas deben ser negras*. Pienso que este tipo debe de estar un poco loco por toda esa literatura que se inyecta. O por esa rebeldía baudeleriana que confunde con su salvación.

Sigo leyendo con rapidez antes de que despierte y me descubra hurgando en sus notas. A lo lejos, una vieja rocola suena con tardía intensidad, seguramente desde el fondo de una barrita al pie del camino. Su ritmo apenas da vueltas. ¿Pero qué es un diario de notas?, me pregunto. Y para qué sirve sino para compendiar señales que contienen y postergan el reflejo elíptico de su dueño. ¿Acaso alguien que lleva apuntes de todo lo que hace no termina encontrándose con los trozos de un hombre? ¿Apenas con retazos?

Cuando nos conocimos, Mariano ya sabía muchas cosas. Sobre todo de literatura y cine. Nuestra relación empezó a nutrirse de la pura especulación intelectual. Aunque no había rastro alguno de que fuera un tipo atormentado. Nos pasábamos horas intentando hallar respuestas a las grandes e inútiles preguntas que rondan la existencia humana. (¿Por qué estamos aquí? ¿De dónde hemos llegado? ¿Y hacia dónde vamos?). Como si aquello sirviera para algo. Parecíamos alimentarnos de ráfagas de ideas opuestas que hacían de nuestro tiempo compartido un combate de esgrima. Permitiéndonos incluso, a ratos, generar la fabulosa unión de los contrarios. Sospecho que, con la intención de probar quién tenía la razón, ambos realizábamos un registro mental de nuestras discusiones con un puntaje invisible.

Nuestra amistad comenzó aquella noche cuando acepté elaborar los perfiles psicológicos para los personajes de su guion. Sin embargo, su proyecto, la escritura de un guion sobre los días del Che Guevara en Guayaquil, me pareció de entrada un proyecto perdido, condenado al fracaso, pero jamás se lo dije. Y no lo hice porque yo también necesitaba de su ayuda para articular creativamente mi documental sobre la homosexualidad. Un documental que guardara una estructura dramática.

Luego de contarle sobre mi proyecto, le pregunté:

—¿Sabes que hay estudios que indican que no importa la cantidad de cromatina sexual femenina que tenga un individuo para que este sea gay? ¿Sabes que hay sujetos con altos niveles de cromatina sexual femenina que son heterosexuales?

—¿Y dónde leíste eso? —repreguntó.

—En el libro *El homosexual ante la sociedad enferma*.

—Entonces, según tú, ¿qué es lo que hace que algunos *nazcan* y otros se *hagan*?

Inmediatamente nos planteamos el viejo dilema de la condición genética versus el ambiente condicionado del niño. Ahí nos dimos cuenta de nuestras ausencias paternas, de esa coincidencia que nos marcaba como extranjeros dignos de alguna lástima. Mariano había sido abandonado por su padre a los tres años; y yo había perdido el mío a los doce.

Luego aterrizamos en las culturas antiguas, donde Grecia con Roma brillaron llenas de uvas, efebos y poetas.

—Pero ¿qué pasa con los poetas que son todos gais? —sentencié. Y lo dije aunque sabía que él era un estudiante de Comunicación que se creía poeta y, ahora, guionista. Y a pesar de que lo había observado leyéndoles poemas a ciertas chicas raras por la facultad.

Entonces habló de Platón y Sócrates. Se animó a contarme sobre cómo Adán había practicado el bestialismo según el génesis bíblico. Algo que yo nunca había captado así en mi lectura de la Biblia. Concluyó especificando con teatralidad sobre dónde reposaba en el ano el punto G del hombre.

—Pero ¿a qué juega Dios? —pregunté algo alterado.

—A que nos empalemos los unos a los otros como una ofrenda masculina de caridad cristiana. ¿No te queda claro? —respondió soltando una carcajada que yo prolongué.

Después me habló de los empalados de Puná, isla ubicada a pocos kilómetros de Guayaquil; de cómo su cacique Tumbalá vivió rodeado de homosexuales en su harén a quienes cubrió de oro y piedras preciosas. Me ilustró sobre los llamados *pampa-*

yruna que eran las prostitutas y prostitutos en la época del inca-rio. Así como de los *serranos* y *yungas*, entre los que existieron hombres a quienes vestían de mujeres desde que eran niños, obligándolos a servir como guardias de los templos de sus dioses, y también para el placer de los señores del reino. Mencionó el asombro de los cronistas Cieza de León y Garcilaso de la Vega cuando llegaron a nuestras tierras y se encontraron con todo eso.

—¿Travestis precolombinos?

—Sí, según Cieza de León. Incluso narra sobre cómo castigó a un par de estos *hombres-mujeres* por dejarse sodomizar, asegurándoles que aquellas prácticas eran cosas del demonio.

Habiendo dicho esto, nos reímos por otro rato. Ya habíamos bebido muchas cervezas.

—Sin embargo, no puedo dejar de pensar en ese final violento que tienen algunas relaciones homosexuales —dijo Mariano de pronto, sacándose la boina para secarse el sudor de la frente.

—¿Cómo así? —pregunté conservando parte de mi rostro cubierto con el vaso repleto de cerveza. Sintiendo el temor de que mi ignorancia pudiera revelarse.

—Pienso en Rimbaud y Verlaine —entonces su mano derecha volvió a ejecutar ese tic nervioso que por instantes ya no parecía una frotación, sino un calambre—. ¿Sabes su historia?

—No mucho. Ambos eran poetas. Creo que Rimbaud perteneció a la Comuna de París de 1871.

Fue así como cité a la perfección, después de repetirme mentalmente algo de sus biografías de *Wikipedia*, y descubrir tras mi ejercicio de memoria que ambas entraban en una posible contradicción, un verso de Rimbaud que no podía dar fe en qué lugar lo había atrapado:

«He aquí el tiempo de los asesinos».

—Esa comuna fue considerada el primer movimiento de insurrección comunista. Pero esa es otra historia. Rimbaud y Verlaine fueron amantes y acabaron peleándose. Rimbaud apuñaló en la mano a Verlaine en lo que parecía ser un juego trivial. Y un año después, Verlaine disparó en la mano a Rimbaud en la

casa que ambos compartían en Bruselas. Aquello le costó a Verlaine dos años en la cárcel.

—¿Y por qué se dispararon y apuñalaron precisamente en la mano? ¿No fue eso como castrarse mutuamente? ¿Un acto para que el otro no pudiera escribir? —dije apresurándome con una conclusión que me pareció en aquel momento de lo más ingeniosa.

—Algo ocurrió a niveles psicológicos que aún no logro entender. Como si de pronto hubieran aceptado de cajón que habían estado todo el tiempo con una extensión negativa de ellos. O con alguien que podía recibir una agresión de esa magnitud.

—Puede ser —dije rápidamente intentando ajustarme a sus ideas—. Quizás el amor homosexual no es otra cosa que amor a cierto reflejo de uno mismo. Porque cuando yo me enamoro de una mujer no me enamoro de las similitudes que pueda haber entre ambos. No lo sé. Pienso que, tal vez, me seducen más sus atributos físicos e intelectuales que nada tienen que ver conmigo. Nunca termino por reflejarme en ninguna mujer. Lo que sucede es que me hundo en ella en un sentido carnal que es, además, metafórico. Quizás Rimbaud y Verlaine lo que vieron al final fue un reflejo negativo del uno en el otro. Por eso dispararse y apuñalarse las manos pudo haber sido el deseo de lastimar la propia identidad que estaba vinculada a la posibilidad de escribir. Y a lo que cada uno sentía por la literatura del otro.

Hubo un silencio largo después de mis palabras.

Entonces recordé nuevamente las múltiples veces que había visto a Mariano paseando con chicas por la facultad. Y no sé por qué me pregunté si alguna vez él se había enamorado. Aunque no me atreví a preguntárselo. Era un gesto poco varonil. Y no lo hice, a pesar de todas las cervezas que había bebido. Pensé: ¿Cómo voy a preguntarle si se ha enamorado, si apenas lo conozco? Además, todo lo que diga puede terminar encasillándome.

Concluí mi tesis de un tirón imaginando que no podría refutarme:

—Un hombre y una mujer, Mariano, quieren invadirse como dos animales extraños. Hurgarse en los orificios ajenos. Hundir

carne en el desconocimiento de otra carne. Pienso que un homosexual lo que desea es palpar su propio falo en el falo del otro. Su búsqueda, como la de todo el mundo, es la construcción de un Yo. Aunque no sea necesariamente la construcción de un Yo flexible y copartícipe ante las diferencias que hay en los géneros.

Tomándome del hombro, con una sonrisa extraña (que no fue cómica ni malvada, pero que fue ambas cosas a la vez), Mariano me respondió:

—A mí me parece, Pablo, que en esta época ya nadie es homosexual ni heterosexual. Esos modos de percepción y ubicación pertenecen a estereotipos del siglo pasado. Creo que nuestra generación es heteroflexible. Libre de los encasillamientos. Los chicos que he conocido por el camino, en el mundo de la literatura, por ejemplo, no son ni siquiera bisexuales, son polisexuales por no llamarlos pansexuales. Muchos viven la realidad de sus vidas sin definición alguna. Y esto no parece molestarles en lo más mínimo. No son hombres ni mujeres. Algunos ni siquiera se sienten adultos. Simplemente son aire. Fabuloso aire. Moviéndose con libertad como un cúmulo de posibles personajes por descifrar.

Agitado por su comentario, busqué rápidamente otra respuesta en mi interior:

—No, Mariano. Te digo que tal vez por una mujer, desde nuestra condición heterosexual, uno se arroja a ir comprendiendo ese complejo universo femenino, va aceptando cosas, moldeando intolerancias, por ejemplo. Igual debe pasarle a una mujer enamorada de un hombre, ¿cierto? Somos muy diferentes. Incluso en el sexo, si te lo piensas bien. Porque en el caso de la mujer todo ocurre hacia adentro. Y en el caso del hombre, todo ocurre hacia fuera. Esa simple realidad biológica debe marcar muchas más cosas. ¿No te parece? En todo caso, en pareja, hay un viaje hacia cierta comprensión y flexibilidad. ¿Pero en qué puede crecer un hombre que vive junto a un reflejo de sí mismo?

Y tras decir esto, iluminado por la mueca de Mariano, pensé:
En absolutamente todo.

Pero no me atreví a pensarlo de nuevo.

Aunque luego ya estaba pensándolo de nuevo. Quizás sólo un hombre podía hacer de un hombre otro hombre. Y eso fue todo. Había dado a luz un pensamiento pequeño, pero con la suficiente fuerza para hacerse oír adherido a la superficie de todas las cosas como una matraca. O algo parecido a un martillo repiqueteando incesantemente sobre una campana en una torre fría y reverberante.

Cada día, al caer la tarde o llegada la noche, Mariano y yo nos ausentábamos de clases; nos íbamos de bares; o nos instalábamos en la cafetería de la facultad a discutir sobre religión, filosofía, antropología, ciencia, psicología, y de lo que no andaba bien en nuestros proyectos. Hicimos a un lado las clases que eran demasiado fáciles para nosotros y que pensábamos aprobarlas entregando un par de trabajos o rindiendo alguna lección. Nos emborrachábamos sin ningún tipo de remordimiento, aturdidos por horas dentro de mi auto parqueado en La Ferroviaria. Hablando y hablando. Su tic dejó de molestarme: me lo pasaba por alto o terminé acostumbrándome a él.

No recordaba haber vivido algo así anteriormente en mi vida como estudiante. Me refiero, por supuesto, a la complicidad con alguien más. Ni en la escuela ni en el colegio. En ninguna etapa de mi vida había desarrollado un vínculo así de gemelar. Fortalecimos ideas y reflexiones, así como proyectos imaginarios, que me llevaron a pensar que estábamos destinados para grandes cosas.

Con mi novia el asunto fue distinto. Las pocas veces que Tatiana se reunió con nosotros (acaso porque había quedado en llevarla hasta su casa en mi auto, o porque coincidíamos en la cafetería de la universidad), ella, que estudiaba Comunicación igual que Mariano, y que ni por eso le dirigía la palabra, no entendía nuestras discusiones. Nuestros debates simplemente le aburrían. Nos interrumpía cuando le daba la gana o se largaba sin despedirse, echando humo hasta por las orejas cuando fumaba. Ya habíamos cumplido un año cuando conocí a Mariano. Y la verdad es que había conseguido alguna estabilidad con Tatiana, quien deambulaba por la universidad con cierto poder sobre mí.

Era bastante guapa. Lo que la hacía a ratos algo caprichosa. Ni siquiera se tomaba la molestia de fingir cuánto le desagradaba mi nuevo amigo. Lo que terminó por reducir las horas que pasábamos juntos, ella y yo. Su presencia se convirtió en algo parecido a un borrón que se aproximaba y se difuminaba con absoluta rapidez. Dependiendo de la luz y la cantidad de alcohol que había ingerido.

Unos días después de nuestra primera conversación, hallé a Mariano leyendo en la cafetería un tomo de poesía de un autor con el curioso apellido de «Pound». Apellido que me hizo imaginar cómo un montón de libras esterlinas, o monedas antiguadas provenientes de una isla brumosa, caían a oscuras en la mitad de un cuadrilátero de box.

Pasé a preguntarle qué ideas valiosas tenía para mi documental, porque si bien yo iba a crear los perfiles psicológicos de los personajes para su guion sobre los días del Che Guevara en Guayaquil (el Che de veinticinco años partiendo del hogar en busca de dinero; sus cinco compañeros argentinos, aunque con fugaces apariciones —según me detalló—; Fortunato Safadi, Ana Moreno, Jorge Maldonado Renella, Cristóbal Garcés Larrea y José Guerra Castillo), Mariano debía asistirme en la filmación de las entrevistas proponiendo planos y notas técnicas, así como realizando la ambientación musical y la inclusión de mi voz en *off*.

Para mi asombro, ya había preparado una pequeña lista de psicólogos y psiquiatras a quienes podíamos entrevistar. Profesionales conocidos en el medio. Yo había redactado, en cambio, algunas preguntas apoyadas en ciertos textos como *La lucha por la castidad*, de Michel Foucault; y el libro *El homosexual ante la sociedad enferma*, que era una compilación de varios autores.

Ambos reconocíamos que luego vendría la parte más espinosa de mi proyecto: buscar homosexuales de diferentes tipos y realizarles una entrevista personal.

Entre los grupos que yo puntualizaba estaban los siguientes:

a) Los homosexuales-hombres: aquellos que se visten y hablan de modo varonil, formando parte de la masculinidad de una sociedad.

b) Los homosexuales-maricas: aquellos que se pintan y se arreglan el pelo femeninamente, aunque aún visten ropas de hombre.

c) Los homosexuales-travestis: aquellos que, a pesar de tener rellenos o tetas de silicona, mantienen el pene a buen resguardo. Aunque había quienes empleaban esta identificación para hombres que gustan simplemente de travestirse con ropas de mujer.

d) Los homosexuales-transexuales: aquellos que ya habían sido operados y que, según yo, al cortarse el pene eran mujeres completas. Por lo que debía reevaluar su inclusión en mi lista.

Mariano opinó que debíamos coordinar primero las entrevistas con los médicos, dejando así para el final la búsqueda de los homosexuales. Pues eso nos obligaría a investigar entre amistades, gabinetes de belleza, y, por último, adentrarnos por la noche en la calle Primero de Mayo, donde los travestis y transexuales practican la prostitución en Guayaquil desde hace décadas.

Esa misma tarde recibimos dos rotundas negativas. La primera, del decano de la Facultad de Psicología. Y la segunda, de Roberto Chiriboga, uno de los psiquiatras más respetados de la ciudad. R. Chiriboga al menos sí nos atendió en su consultorio en el cuarto piso del Hospital Luis Vernaza; aunque al sentirse incómodo frente a la cámara por la pregunta de si podía o no vincular la homosexualidad a una condición congénita, terminó por echarnos a la calle poniendo como excusa que tenía una emergencia médica con un paciente que sufría de ataques de pánico. Mariano se lo quedó mirando y al apagar la cámara hizo una larga serie de muecas.

De ambos lados, psicólogos y psiquiatras, nadie parecía estar dispuesto a ayudarnos. Busqué entonces entre mis profesores. No había más opciones. Escogí a dos que me parecieron, uno por su juventud y otro por su solidaridad con los estudiantes, los perfec-

tos candidatos para ayudarme con las entrevistas en su parte clínica. Pero al escuchar de qué se trataba huyeron de igual modo que los anteriores, llenándose de pretextos. Quizás les incomodaba quedar como ignorantes o intolerantes ante la cámara. Lo cierto es que por primera vez me sentí extraviado por culpa de los profesionales del mismo campo en el que iba a desenvolverme en el futuro.

—Tengo más de un problema con una carta del Che que no puedo explicármela. Y necesito de tu *sabiduría* —me habló así, sumido en una formalidad que contrastaba con su espíritu disipado.

Y como no quería que nadie más oyera nuestra conversación, me pidió que nos alejáramos inmediatamente del campus.

Fuimos en mi auto hasta el cerro Santa Ana.

Allí nos metimos en un bar largo y oscuro, ubicado en el décimo escalón, donde podía oírse un jazz de fondo que no perturbó mayormente nuestra conversación.

El habitual calor de la ciudad nos conminaba a pedir cervezas.

Sacó de su mochila el libro del diario del segundo viaje del Che por América, *Otra vez*, donde se registra su paso por Guayaquil, al igual que unas cartas del Che bajadas de Internet dirigidas a su madre, su padre y una tía. Muchas estaban dentro del libro, pero las había traído impresas para que pudiéramos cotejarlas al mismo tiempo.

Lo que no podía explicarse Mariano era la forma en que estaba firmada una de esas cartas. Se trataba de una dirigida a su madre desde la cárcel de México, fechada el 15 de julio de 1956. No entendía la diferencia en el tono entre las cartas anteriores y esta.

Casi todas las cartas, anteriores a la que desconcertaba a Mariano, mostraban a un personaje cariñoso, aunque a ratos ofuscado con lo que pasaba en Latinoamérica a niveles políticos. Otras lo mostraban un poco bohemio y acelerado, pero siempre en trato afectuoso con su madre. Iban firmadas como *tu hijo*, *Ernesto*. O con sus apodos *Chancho* y *Teté*. O no firmaba y simplemente decía *Chau*.